



basó en observaciones críticas del comportamiento humano realizadas durante el curso del trabajo psicoanalítico.

Diremos, para finalizar, que en los últimos años el doctor Fromm ha dedicado sus energías al estudio del problema de la agresión humana: superando las teorías instintivistas de Freud y Lorenz, analizó diversos modos de agresión utilizando datos extraídos de la neurofisiología, la etología y el psicoanálisis, en el contexto de la naturaleza biológica y del desarrollo del carácter del hombre.

## SOBRE ERICH FROMM

*Edward S. Tauber y Bernard Landis*

Erich Fromm está dedicado a lograr una transformación de la experiencia vital, no simplemente modificaciones adaptativas de la personalidad. Desafía las normas convencionales con una indagación inédita y precisa destinada a desnudar sus falsedades y su carencia de vida. La búsqueda de la verdad, aclara, es derecho de todos los hombres; no está restringida a los estudiosos y los especialistas. El objetivo al que dedica todos sus esfuerzos es el pleno despliegue de la vida y, como consecuencia, la crítica radical e intransigente de todos los factores individuales y sociales que impiden el desarrollo del hombre y de sus posibilidades de "llegar a ser lo que debiera".

Este espíritu modela el enfoque radical del psicoanálisis propuesto por Fromm. Al subrayar la importancia del crecimiento, observa que el logro de la salud no ha de buscarse en la sumisión, el poder o las operaciones orientadas hacia la conquista de la seguridad, sino mediante los esfuerzos por ser auténticamente uno mismo. Desde luego, para Fromm, el fin de la vida es el proceso, fundamental para la naturaleza de la existencia humana, de darse nacimiento a sí mismo.

Aunque se han realizado y se anuncian algunos trabajos amplios sobre la obra pasada y en desarrollo de Fromm, en este volumen de homenaje quisiéramos esbozar una visión general de sus principales ideas teóricas. En particular, quisiéramos referirnos a ciertos temas importantes tocados repetidas veces en las obras de Fromm y que constituyen gran parte de la sustancia de su posición teórica, pero a los que todavía no se ha otorgado la importancia que merecen.

Durante más de 40 años Fromm desarrolló un modelo amplio y dinámico del hombre, de fundamental importancia para la historia de la teoría psicoanalítica, un modelo donde el desequilibrio existencial y la necesidad sociobiológica de asimilación y socialización del hombre reemplazó al esquema fisiologista de los instintos propuestos por Freud. De este modo, las pasiones y los motivos humanos nacen sobre todo mediante las vicisitudes de la búsqueda humana de relación e identidad, antes que por medio del impulso instintivo.

Quizás entre todos los temas que aparecen en la obra de Fromm, su marco de referencia biológica sea el que halló menos requerimiento entre los estudiosos. Ese marco de referencia se basa en el reconocimiento de



las condiciones biológicas del hombre mientras surge lentamente del reino animal. Con el asombroso desarrollo cortical del cerebro humano, la disminución de los instintos en contraste con el resto del reino animal y el surgimiento del fenómeno único de la autoconciencia se desarrolla una nueva configuración. La convergencia de esos factores forma las bases de lo que Fromm llama la dicotomía existencial del hombre. Dentro de este contexto Fromm desarrolló una concepción de la ansiedad y de las posibilidades de enfrentarla.

Analizando estos temas en *El arte de amar*, Fromm escribe:

Esta conciencia de sí mismo como una entidad separada, la conciencia de la corta duración de su período de vida, el hecho de que ha nacido sin que mediara su voluntad y que contra su voluntad muere, que morirá antes que aquellos a quienes ama, o ellos antes que él la conciencia de su soledad y separación, de su desamparo, ante las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad, todo esto convierte a su existencia separada, desunida, en una prisión insostenible. Si no puede liberarse a sí mismo de esta prisión y salir afuera, unirse de una manera u otra con los demás hombres, con el mundo exterior, se volverá un insano.

La experiencia de la separación provoca ansiedad; es, desde luego, la fuente de la ansiedad. [...]

La más profunda necesidad del hombre, entonces, es la necesidad de superar su separación, abandonar la prisión de su soledad.

Por consiguiente, el hombre se ve llevado sin escapatoria a hallar una solución al problema central que plantea la vida; es decir, cómo trascender su separación y relacionarse con su mundo. Fromm esboza dos modos opuestos de relacionarse: la regresión a formas anteriores y a menudo arcaicas de relación, o respuestas orientadas por la esperanza afirmativas, en la dirección del desarrollo de una plena humanidad por medio de la propia creatividad, productividad y capacidad de amar. Cada persona tiene el potencial necesario para alcanzar tanto las soluciones más arcaicas como las más progresistas. Fromm ve en el surgimiento de las grandes religiones y filosofías humanistas —la religión profética del Antiguo Testamento, el taoísmo, el confucianismo, el budismo la filosofía griega— el giro decisivo que lleva de la orientación regresiva hacia la progresista.

Las diferentes soluciones que encuentra el hombre para su condición humana son las muchas expresiones de la naturaleza humana. La esencia de la naturaleza del hombre no es idéntica a ninguna de estas soluciones, sino que consiste en la contradicción existencial de la constitución biológica humana. Esta contradicción, que no es en sí misma una cuestión moral, es común a todos los hombres, tanto desde un punto de vista biológico como psicológico. Da lugar a ciertas necesidades imperativas: está la necesidad de experimentar la identidad junto con la necesidad de un marco de orientación, una imagen de su mundo y de su sociedad, en la cual el hombre pueda ubicarse a sí mismo y que dé sen-

tido a su vida. Además, el hombre necesita también un sustituto para la determinación instintiva en buena parte perdida.

Dentro de la teoría de Fromm, la estructura del carácter, en el sentido dinámico, cumple este propósito. No es innata en lo que a sus contenidos se refiere, pero de todos modos está determinada por las necesidades biológicas del hombre (que de ningún modo son sólo instintivas) y por las condiciones de la naturaleza en la que debe sobrevivir. En *Man for Himself* Fromm ha delineado un conjunto de orientaciones caracterológicas que van más allá de la teoría freudiana del desarrollo libidinal subrayando los procesos de socialización y las estructuras de relación.

Debido a la profunda preocupación por estos procesos y a la atención que les presta, se ha inferido que Fromm es un culturalista. No obstante, Fromm no es un culturalista en el sentido habitual de esa palabra, según el cual el hombre es concebido como una *tabula rasa* en la cual una cultura específica escribe su texto. Además, Fromm no comparte el concepto corriente de cultura y pautas culturales según lo formularon Karen Horney, Ruth Benedict o Margaret Mead. Muy alejado de esta posición culturalista, Fromm opera con el concepto dinámico de proceso socioeconómico (en el sentido marxista) donde la cultura constituye esencialmente una superestructura, pero no la base. Al mismo tiempo, considera que las condiciones biológicamente dadas de la existencia humana permanecen como las bases psicológicas del desarrollo de la personalidad. Esta combinación de una perspectiva biológica con otra sociológica es una de las contribuciones más notables de Fromm a una teoría del hombre.

En sus estudios de los modos en que la sociedad afecta las respuestas que encuentra el hombre para las cuestiones planteadas por la vida, Fromm ha descrito cómo las pautas sociales pueden inclinar al hombre contra sus verdaderos intereses humanos. Ha observado cómo significativas características y pautas de conducta de fundamental importancia para una nación o clase se agrupan para formar lo que ha llamado "carácter social". Internalizado y compartido por la mayor parte de los miembros de la sociedad, el carácter social —cuyos aspectos positivos y negativos dependen de la sociedad concreta— modela la acción y el pensamiento de modo que las personas quieren hacer aquello que deben hacer para perpetuar la sociedad o clase particulares. Además, la estructura de carácter no sólo capacita al hombre para dar respuestas casi automáticas arraigadas en su sistema caracterológico, sino que también le permite sentir satisfacción por actuar de acuerdo con la estructura de carácter que le es propio.

Por medio del carácter social, la energía humana en su forma general es transformada en las pautas de actividad específicas que una sociedad determinada necesita para su funcionamiento. De este modo, la sociedad al mismo tiempo fomenta y obstruye el desarrollo humano. Según Fromm, las condiciones sociales que obstruyen el desarrollo humano no son accidentales ni el resultado de la mala voluntad o estupidez de ciertos individuos. Tienen sus propias leyes, y los cambios sociales importantes sólo son posibles por la combinación de dos factores: la apa-



rición de nuevas condiciones socioeconómicas que los hacen posibles, y el desarrollo en gran parte de la población de la conciencia que permite realizar los cambios necesarios.

Para algunos lectores puede resultar interesante ver cómo utiliza Fromm el concepto de carácter social para integrar conceptos psicoanalíticos dinámicos con la teoría de Marx. En *Más allá de las cadenas de la ilusión* Fromm observa que: “Marx fue capaz de conectar la herencia espiritual del humanismo iluminista y del idealismo alemán con la realidad de los hechos sociales y económicos, y así colocar los cimientos de una nueva ciencia del hombre y la sociedad que es empírica y al mismo tiempo está imbuida del espíritu de la tradición humanista occidental”.

No obstante, Fromm considera que en la teoría marxista está inadecuadamente explicada la relación entre las bases económicas y la ideología de la sociedad. Fromm trató de solucionar este problema desarrollando el concepto de carácter social como un intermediario entre la estructura socioeconómica y las ideas e ideales prevalecientes en una sociedad. El hecho de que Fromm busque relacionar teorías aparentemente contradictorias como el psicoanálisis y el marxismo puede parecer paradójico. Sin embargo, la paradoja desaparece cuando se considera que ambas son disciplinas humanistas que tratan de comprender, mediante un enfoque dinámico y dialéctico, la realidad de la vida humana, una por medio de la realidad económica, la otra por medio de la realidad intrapsíquica e interpersonal.

Además, Fromm ha llamado la atención sobre un hecho casi completamente descuidado: aunque no de un modo sistemático, Max desarrolló una teoría psicológica dinámica, que influyó en muchos sentidos sobre el pensamiento de Fromm. Según Marx, escribe Fromm, “el dinamismo de la naturaleza humana está arraigado en primer lugar en esta necesidad del hombre de expresar sus facultades, impulsos y pasiones hacia el mundo, antes que de usar al mundo para la satisfacción de sus necesidades fisiológicas”. El concepto de actividad para sí, tan fundamental para el pensamiento de Marx, aparece en Fromm en el concepto de productividad. Este se halla en contraste con el principio de reducción de las tensiones, que ha dominado la teoría freudiana y que Fromm considera sólo de aplicación limitada.

También es intrínseca al modelo del hombre que presenta Fromm su concepción del inconsciente, que amplía el concepto tradicional de depósito de impulsos instintivos y recuerdos reprimidos. Fromm considera que los contenidos del inconsciente abarcan toda la naturaleza del hombre: todas sus potencialidades, desde la de ser un hombre arcaico, una bestia de presa y un idólatra, hasta la de ser plenamente humano con capacidad de razonar y amar.

Además de los aspectos de la teoría de Fromm mencionados hasta ahora, quisiéramos referirnos brevemente a algunos otros hallazgos significativos en el campo del psicoanálisis clínico y la psicología social analítica. Estimulado por la obra de Bachofen sobre el matriarcado, y a quien conoció en los comienzos de su carrera psicoanalítica, Fromm fue quizás el primero en reconocer el poder y la intensidad del vínculo afectivo

del niño, de ambos sexos, con la madre; enriqueció así la comprensión de la naturaleza compleja de este vínculo, considerado antes dentro de un estrecho marco sexual.

En este contexto, Fromm fue el primero en usar como metáfora psicológica el concepto de relación simbiótica. Desarrolló el concepto de simbiosis perversa, en la cual la persona apenas se ha separado de la figura paterna, habitualmente la madre, de modo que el proceso de individuación se ha detenido casi completamente. De esta manera, la experiencia con la madre representa la muerte, y su seno, una tumba. Fromm también esbozó formas menos perversas de simbiosis en las cuales la interacción entre los “socios” es menos mutilante. En las circunstancias más favorables, la experiencia con la madre representa la vida, la protección, la tierra nutritiva.

Con anterioridad, Fromm había escrito que la agresión podía ser reactiva, en defensa de los intereses vitales atacados, o caracterológica, como resultado de la “vida no vivida”. Sobre la base de sus investigaciones actuales, Fromm distingue tres tipos diferentes de agresión, cada uno de los cuales posee su propia génesis: a) agresión defensiva, que es una reacción ante una amenaza a los intereses vitales, una forma que el hombre comparte con todos los animales; b), sadismo, la pasión por el control total de un ser humano, incluido el deseo de dañarlo y torturarlo; c) destructividad necrofílica, el odio contra la vida misma y la pasión por trascender la vida destruyéndola.

En relación con esta última forma de agresión, en los últimos años Fromm ha hecho una formulación importante distinguiendo entre biofilia, el amor a la vida, y necrofilia, la atracción y el deseo por todo lo que es no vivo, decadente o puramente mecánico. Este concepto, que parece hechar nueva luz sobre los procesos del vivir patológico y normal, es una modificación básica de la teoría de los instintos freudianos de vida y de muerte. Incluye la anterior concepción respecto de que el amor a la vida y el amor a la muerte son los impulsos más fundamentales del hombre; no obstante, en contraste con la teoría freudiana, la necrofilia no es vista como una tendencia biológica normal, sino como una tendencia patológica que deriva de una variedad de causas. En *El corazón del hombre*, Fromm la describe como la tendencia patológica del “carácter anal” de Freud. Clínicamente, Fromm ha demostrado (en conferencias y en un manuscrito que se publicará próximamente) cómo los sueños, las asociaciones libres y el comportamiento permiten reconocer la presencia y la intensidad de los impulsos biofílicos en oposición con los necrofílicos. Sostiene que la fuerza de las tendencias biofílicas en una persona es un factor decisivo para sus posibilidades de cambio.

Como parte de esta breve reseña de los aportes de Fromm, debe mencionarse que adelantó la aplicación del psicoanálisis al proceso histórico, en particular para lograr una mayor comprensión del cristianismo primitivo, el protestantismo, el fascismo y el capitalismo democrático. También realizó dos estudios en gran escala en el campo de la psicología social analítica, uno a comienzos de la década de 1930 sobre las formaciones de carácter autoritarias y democráticas entre los empleados y



obreros alemanes y otro, que acaba de publicarse, sobre la estructura caracterológica de los campesinos de una pequeña villa mejicana.

La orientación de Fromm no es antifreudiana. Considera que los principales descubrimientos de Freud acerca de los procesos inconscientes, la naturaleza dinámica del carácter y el efecto liberador y curativo de llevar a la conciencia los contenidos inconscientes constituyen la esencia del psicoanálisis. En sus formulaciones, Fromm trató de ampliar las contribuciones de Freud liberándolas de los límites que les imponía la teoría de la libido. Es también característico de su obra el tratar de resucitar el temprano espíritu radical del psicoanálisis que surgió con los primeros descubrimientos de Freud.

Freud también trató de desarrollar un sistema de valores éticos basado no sólo en la autoridad o la revelación sino en el conocimiento de la naturaleza humana. La independencia, la verdad y el amor son las cualidades que el hombre adquiere cuando se libera de la simbiosis y la fijación, la ansiedad y la codicia; esas cualidades son, al mismo tiempo, los valores supremos de la ética humanista. En el desarrollo de estas ideas, Fromm ha adoptado el supuesto de que la más fundamental entre las polaridades éticamente significativas es la de "tener" y de "ser", que corresponde a las actitudes improductiva y productiva. Fromm considera que el pensamiento budista, basado en un análisis de la condición existencial del hombre sin mistificaciones ni sumisión a la autoridad irracional, influyó en su búsqueda del fundamento de las normas éticas en la naturaleza del hombre.

Fromm tuvo siempre la convicción de que la alienación, la falta de integridad, y por ende un sentimiento de identidad defectuoso, constituyen las mayores limitaciones para la psiquis individual, y que en la sociedad industrial contemporánea se han convertido en el problema de todos. En *Man for Himself*, escribe:

Nuestro problema moral es la indiferencia del hombre ante sí mismo. Ella se debe a que hemos perdido el sentido de la significación y la unicidad del individuo, que nos hemos convertido en instrumentos de propósitos que se hallan fuera de nosotros mismos, que nos experimentamos y nos tratamos como mercancías y que nuestros propios poderes se han alienado de nosotros mismos. Nos hemos convertido en cosas y nuestros vecinos se han convertido en cosas. El resultado es que nos sentimos impotentes y nos despreciamos por nuestra impotencia.

Oponiéndose a la identificación de la salud mental con la adaptación, Fromm ha hablado de la "patología de la normalidad" y analizado el problema de ser sano en una sociedad insana. En sus primeros trabajos afirmó que una persona alienada, sólo capaz de relacionarse con el mundo "objetivamente" sin poder experimentarlo subjetivamente, en algunos sentidos no está menos deteriorada que la persona psicótica, tan inmersa en sentimientos subjetivos como para ser incapaz de aprehender el mundo con objetividad.

Su amplio conocimiento de la filosofía, la historia teológica y bíblica, las ciencias sociales y los asuntos políticos llevó a Fromm a escribir varios libros que no están relacionados directamente con el psicoanálisis: *¿Podrá sobrevivir el hombre?*, un análisis crítico de la guerra fría y del socialismo soviético; *Y seréis como dioses*, un análisis de los conceptos de Dios, hombre e historia en el Antiguo Testamento y en la literatura tálmica, así como un análisis del estilo de los Salmos, y *Marx y su concepto del hombre*, una introducción a la filosofía humanista de Marx. Además, su compromiso activo por la causa de la paz y el socialismo es un hecho poco común en el mundo psicoanalítico.

En sus encuentros personales, Fromm siempre busca el crecimiento independiente del otro. Pide, implícita y explícitamente, que el otro desarrolle su propia unicidad. Emerson señaló una vez que, como maestro, no tenía "ningún deseo de atraer los hombres hacia mí, sino de llevarlos hacia sí mismos". Lo mismo sucede con Fromm.

A pesar del papel decisivo que atribuye a la sociedad en la formación del carácter de los hombres, Fromm aclara explícitamente que cada persona debe hacerse cargo de la responsabilidad por su propia vida. Es decir, aunque encuentra culpable a la sociedad, insiste en que el hombre es responsable por sus acciones. No se trata de una dicotomía irreconciliable, ya que se refiere a dos modos diferentes aunque interactuantes de considerar una situación en cualquier momento, desde un punto de vista individual y desde una perspectiva social.

En su enfoque comprometido aunque nada sentimental del proceso psicoanalítico, Fromm fue influido por las enseñanzas zen. Una combinación del pensamiento espiritualista oriental con el psicoanálisis científico puede parecer otra paradoja; sin embargo, ambos sistemas se ocupan de la naturaleza humana y de su transformación. Hay paralelos más específicos. En ambos hay una preocupación por la experiencia inmediata —por distinguir claramente lo que es real de lo que sólo lo parece— antes que demasiada confianza en las palabras y las explicaciones, pues las palabras a menudo se usan sin saberlo para evitar las emociones y proporcionar realizaciones. Fromm considera que el analista para desarrollar la capacidad y la competencia que le permita esclarecer a la otra persona, debe ser capaz de lograr una absoluta concentración, que desdeñe los detalles irrelevantes y se oponga a la idolatría y las necesidades de status.

Fromm amplió su concepción del proceso analítico delineando las características que, en la medida de lo posible, debe tratar de desarrollar un psicoanalista:

El analista comprende al paciente sólo en la medida en que experimenta en sí mismo todo lo que experimenta el paciente; de otro modo, sólo tendrá del paciente un conocimiento intelectual, pero nunca sabrá qué experimenta realmente, ni será capaz de hacerle saber que comparte y comprende su experiencia. En esta relación productiva entre analista y paciente, en el acto de comprometerse plenamente con el paciente, en el mantenerse plenamente abierto y sensible ante él, en el de estar, por así decirlo, absorbido



por él, en esta relación de centro a centro, radica una de las condiciones esenciales de la comprensión y la cura psicoanalíticas. El psicoanalista debe convertirse en el paciente, aunque debe seguir siendo él mismo; debe olvidarse de que es el médico, aunque debe conservar conciencia de ello. Sólo cuando acepte esta paradoja podrá dar “interpretaciones” que tendrán autoridad por estar arraigadas en su propia experiencia. El analista analiza al paciente, pero el paciente también analiza al analista, pues éste, al compartir el inconsciente del paciente, no puede dejar de esclarecer su propio inconsciente. Por ende, el analista no sólo cura al paciente, sino que es curado por él. [De *Budismo zen y psicoanálisis*.]

Esta concepción de que paciente y terapeuta se curan mutuamente impide los intercambios estereotipados; genera nuevas experiencias y facilita la madurez y el respeto verdaderos. Es preciso desarrollar la capacidad para dar de sí mismo, pero debe haber también un receptor de eso que se da; si no es mutuo, el intercambio no es tampoco efectivo. Sólo en un encuentro recíproco y comprometido es posible que las partes de la personalidad más temidas —así como las más ricas— resulten soportables y permisibles para la experiencia.

Fromm ha escrito poco acerca de la terapia y la técnica psicoanalíticas; sin embargo, incluso en los seminarios que dictó en los últimos treinta años, ha compartido sus conceptos y métodos en el contexto de la presentación detallada de casos clínicos. En la década de 1930 comenzó a alejarse de los puntos de vista y la metodología freudianas de su entrenamiento psicoanalítico. Se opuso a esa forma del enfoque genético que transforma al psicoanálisis en una artificiosa investigación histórica, tras haber observado cuán a menudo el método clásico se demora en hechos del pasado e “interpreta” experiencias inconscientes mediante reconstrucciones desprovistas de vida.

Su manera de entender el psicoanálisis lo llevó a desarrollar una técnica activa. En los primeros tiempos de su carrera observó la tendencia a abusar de la asociación libre, que a menudo está al servicio de la resistencia. De este modo, no duda en poner en primer plano desde un principio aspectos significativos de la vida del paciente, ayudándolo así a pasar más rápidamente de la superficie a las capas más profundas. La meta más importante de su terapia psicoanalítica es hacer que el paciente experimente su realidad inconsciente, antes que teorizar sobre la misma. Esa experiencia es a la vez atemorizadora y estimulante; cuanto más profunda se hace, mayor es el efecto liberador, pero también mayor es la posibilidad de que se presenten perturbaciones transitorias difíciles de manejar en la situación profesional ordinaria.

Para Fromm, el psicoanalista busca un constante enfrentamiento del paciente con sus deseos y fantasías disociados, movilizándolo sus impulsos sanos hacia una mayor integración y productividad. Este proceso —y no las palabras de consuelo— proporciona confianza y esperanza genuinas. El mayor estímulo es ser considerado con seriedad, que a uno se le diga la verdad, y desarrollar la confianza en los propios esfuerzos para ayu-

darse a sí mismo. Freud cree que cuando este enfrentamiento no lleva a la movilización, el método psicoanalítico no puede ser útil.

La naturaleza de la orientación de Fromm ante el psicoanálisis ha sido descrita por uno de los compiladores (E.S.T.) de esta obra en el *American Handbook of Psychiatry*:

[Fromm considera esencial] que el psicoanálisis penetre todo lo profunda y rápidamente que sea posible hasta el mismo centro de la vida del paciente, a fin de identificar su solución inconsciente, irreal, tenazmente defendida, frente a su separación, a fin de no perder tiempo considerando las consecuencias de su problema y sus ajustes; forzándolo en cambio a enfrentar sus resistencias sin dar cuartel. Este proceso se lleva a cabo en una situación en que el analista está plenamente comprometido con el paciente. El psicoanalista no espera, imaginando cosas, sopesando qué puede tolerar el paciente, puesto que, Fromm afirma con pesar, la mayoría de las demoras están de algún modo al servicio de la ansiedad del terapeuta. Este, mediante su auténtico interés, dedicación, apertura y verdadera participación, debe revelar que hay una urgencia por aferrar la vida, por buscar y hacer frente a la incertidumbre. Fromm rechaza la idea de que el psicoanalista debe ser pasivo. Esto no descarta la preciosa capacidad para escuchar con todas las propias capacidades, pero la pasividad puede ser abusiva cuando sirve meramente para disfrazar la insensibilidad del psicoanalista. [...]

Fromm usa, por así decirlo, su ojo científico para saber qué está pasando, para conservar una perspectiva, pero ayuda a la persona a emerger gracias a su propia vitalidad, a su propio valor para conocer y sentir. Considera imperativo que el paciente se enfrente lo más pronto posible con su propia decisión de vivir o morir. Debe haber un sentimiento de urgencia por vivir. El psicoanalista debe identificar cuidadosamente el punto de la vida del paciente en que éste se ha atascado en la rutina, y debe distinguir las consecuencias secundarias de las dificultades básicas para no luchar con las consecuencias de un problema, sino con el problema mismo. Fromm considera que el individuo está comprometido en algo que equivale a una dedicación religiosa a resolver el sentimiento de separación o soledad. El paciente mismo puede no tener conciencia de la intensidad y la importancia de la pauta concreta de resolución mediante la cual está viviendo. El psicoanalista debe captar este motivo y llevarlo a la atención del paciente con plenitud e intensidad. Estas falsas soluciones al problema de la vida pueden consistir en el deseo de hallarse junto a la madre, de la mano de ella, en su falda o bajo la protección materna, o bien de someterse al dominio del padre. Estas soluciones falsas deben ser sacadas a la luz pues impiden toda relación real con el mundo, las personas, el trabajo y el amor. Toda la energía vital gira en torno de estas soluciones falsas, nutriéndolas; toda la actividad es organizada de modo que nutran las metas idólicas. El terapeuta mismo debe esforzarse por alcanzar las metas que representan el más alto potencial para él. Sólo si se consagra a



la tarea de ser plenamente sensible y consciente, el psicoanalista puede enfrentar auténticamente las falsas soluciones del paciente, de manera constructiva, sin hipocresía y con esperanza.

Fromm comprende que está hablando acerca de un ideal para él mismo, y para todos nosotros. Sabe que todos distamos de haberlo cumplido, pero eso no significa que debemos volvernos cínicos, que tomemos el camino fácil. Si no tenemos responsabilidad por nuestras vidas, no podemos ocuparnos de la vida de otros.

Como algunos de los autores de este volumen lo demuestran, nos vemos enfrentados con el peligro de que, dentro de algunas décadas, la vida se haya extinguido sobre nuestro planeta. La polución del aire, el agua y el suelo amenazan la integridad de nuestra biosfera; con todo, las economías de la mayoría de las naciones están organizadas para producir estos peligros, así como el irreflexivo agotamiento de otros recursos. Nos vemos amenazados por la guerra nuclear, química y biológica; a pesar de ello, nuestro inexorable compromiso con la tecnología militar nos asegura que la curva de riesgo seguirá ascendiendo. El desarrollo del estado corporativo parece entrañar de modo inevitable la declinación de la democracia y la creciente alienación y degradación de la experiencia vital. Las perspectivas son tenebrosas. Como afirma Fromm, sólo un sentimiento de urgencia y una reformulación radical de la auténtica preocupación del hombre por sí mismo y sus congéneres puede suministrar las bases para una verdadera esperanza.

En esta colaboración nos hemos referido al compromiso con la vida de Erich Fromm, a su obra y a su influencia. Fromm es un hombre cuyas palabras son caminos, y cuyos caminos son la razón, el amor y la fe en las posibilidades del hombre.

# I PSICOANALISIS